

MES DE MAYO



En muchas comunidades cristianas el mes de mayo está especialmente vinculado al culto a la Virgen María. Un ejercicio de piedad popular es el “rezo de las flores”, invocación dirigida a la Madre de Jesús: “Venid, y vamos todos con flores a porfía, con flores a María, que Madre nuestra es”.

El pueblo cristiano, con la sabiduría de los sencillos, ha relacionado el mes de mayo, en el que los campos se visten de esplendor, con Nuestra Señora, ella misma quiso aparecerse a los pastorcitos en Fátima el 13 de mayo de 1917.

He leído la interpretación que hace Vicente Haya del pasaje de la Anunciación del Ángel a María. Desde la raíz del texto evangélico en arameo, llega a la conclusión de que Dios busca en la Nazarena su jardín. El lugar íntimo, protegido, figura que evoca el jardín primero de la creación.

Me he sorprendido con la interpretación que hace de la expresión: “Y la fuerza del altísimo te cubrirá con su sombra”, por la que no solo Dios busca en María su jardín, sino que, a su vez, María encuentra su protección y su jardín en Dios.

Al comenzar el mes, viajo a Fátima en el año centenario de la muerte del pastorcito san Francisco Martos, junto con medio centenar de peregrinos, para agradecer a la Virgen su especial protección en mis cincuenta años de sacerdote, durante los que he vivido momentos entrañables, por su intercesión.

Guardo muy vivos algunos recuerdos en mi relación con la Virgen de Fátima. Me sucedió el 8 de octubre de 1985. Ese año estaba con el deseo de que fraguara una comunidad de sacerdotes en Buenafuente. Por distintas razones no cuajaba. A tal extremo que unas amigas de Lisboa me cuestionaron, porque quizá era yo la causa de que no sucediera el proyecto comunitario. Pero aquel día, visité Fátima, y al dar vista a la capilla de las apariciones sentí de una manera inconfundible y cierta una promesa: “No tengas miedo, yo lo haré”. Y muy pronto aconteció la comunidad de sacerdotes, que dura hasta hoy. El 13 de octubre de 2007, con motivo del 90 aniversario de las apariciones, estaba yo sentado en las escaleras de la basílica de Fátima, rezando Vísperas, y se me acercó un señor, pensé que desearía confesarse. En el diálogo que establecimos, le pregunté de dónde era, y al saber que era de Fátima, y por la edad, le expresé mi admiración, porque seguro él, de niño, habría tenido noticias de las apariciones, a lo que me respondió afirmativamente. Resultó que era un sobrino de los pastorcitos, y me regaló el libro firmado en el que mejor se describían los hechos, tal como se los oyó a su padre.

¡Cómo no recordar la mañana en la que, al levantarme, se me impuso un pensamiento, como dictado por la Virgen: “Invítame, invítame, invítame”! Quedé tan impactado que se lo comenté a mi Obispo, y fue el origen de la visita que la imagen peregrina de la Virgen de Fátima hizo a la diócesis, durante el mes de mayo de 2017, centenario de las apariciones.

Os invito a encontrar cada día un momento de oración, en el que hagáis una pequeña ofrenda a la Virgen, a manera de una flor. Yo os prometo rezar en Fátima por vosotros.